

El Céfiro.

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE INTERESES GENERALES.

DIRECTOR, D. ERNESTO DE LA CALLE.

COLABORADORES.

Señoras.
B. de Guevara, D.^a Concepción.
G. Balmaseda, D.^a Joaquina.
Grassi, D.^a Angela.
Saez de Melgar, D.^a Faustina.
Señores.
Alfaro, D. Manuel Ibo.
Alfaro, D. Timoteo.
Arnao, D. Antonio.
Assas, D. Manuel de

Benjumea, D. Nicolás María
Balbin y Unquera, D. Antonio
Barcia, D. Roque.
Barragan y Guerra, D. Pedro
Bellver, D. Francisco.
Caballero, D. Eduardo
Canedo, (D. Enrique.
Canedo, D. Ramon.
Custodio, D. Juan.
Escamilla, D. Pedro.
Flores, D. Antonio.

Hartzenbusch, D. J. Eugenio
Inza, D. Eduardo.
Jouve, D. Faustino.
Leal, D. Federico.
Lopez de Ayala, D. Adelardo
Martin Albo, D. Benito.
Martinez Iniguez, D. José M.
Martinez Tomás, D. Joaquin.
Marugan, D. Antonio María.
Mas, D. Eduardo.
Meoro, D. Baltasar.

Mondejar, D. Luis.
Mondejar, D. Angel.
Nicolás y Cayero, D. Luis.
Nuñez de Arce, D. Gaspar.
Ovilo y Otero, D. N.
Ruiz Aguilera, D. Ventura.
Serra, D. Narciso.
Terr, D. Alfonso.
Uguet, D. Juan Justo.
Zamorano D. Gonzalo d.
Zengotita, D. Francisco.

Epoca II.

Domingo 5 de Junio de 1864.

Núm. 9.^o

CONSIDERACIONES SOBRE LA EDAD MEDIA.

Nuestro siglo que cuando se trata de ciencias y artes está acostumbrado á dar á cada uno lo que le pertenece, tiene ha mucho tiempo manifestado su juicio acerca de la edad media. Hemos indicado anteriormente que no es un vacío en la historia ni siquiera un alto en la marcha de la humanidad, es el período en que se obra la refundición de la ciencia en la fé, mas importante por esto que los tiempos que atravesamos en que desconociendo sus recíprocas relaciones parece se ha querido consumir su divorcio, con un espíritu tan impio, como poco ilustrado.

Y que la edad media es un período de fé todo nos lo indica, así la paz como la guerra que entonces alcanzaba el mundo. Convencidos íntimamente de que la ciencia sin las creencias antes precipita que detiene la ruina de un pueblo, testigos las civilizaciones que murieron con los imperios que animaban, renunciaron á los conocimientos de los pasados siglos y procuraron abrirse el camino á otros nuevos, aun empleando para ello las supersticiones, nunca la incredulidad, la soberbia, la desmedida confianza en sus propios recursos. Procediendo la ciencia de la Religión, según creían y mal entendida esta, despreciando la razón humana porque á veces se estravió y

creyendo que siempre anda sin brújula, creyóse en ciencias ocultas y tal vez se esperó de ellas el remedio de los males que á la humanidad aquejaban. A la vista de la propia miseria y con el convencimiento de su ignorancia, interrogaban los sabios de la época á la naturaleza cubierta por impenetrable velo con aquella ciega admiración y supersticioso respeto de Orfeo al dirigirse á las divinidades infernales.

(1) *O positi sub terra numina mundi*

In quem recidimus quidquid mortale creamur omnia debentur vobis...

Pocos se atrevieron á pensar por si en aquellos tiempos, á no ser en materias religiosas. Y aun al tratarse de estas, cuántas infundadas opiniones no se convirtieron en heregias por el excesivo respeto á las antiguas tradiciones de los siglos paganos, que eran inconciliables con los nuevos preceptos de la religión cristiana? Cuando en la soledad de su celda meditaba el gran Gerónimo sobre las vicisitudes del mundo y sin dejar de consagrarse á la práctica de la nueva Ley de Gracia, admiraba la brillante perspectiva que le ofrecía en ciencias, artes y letras la civilización pagana, no dañaba esta comparación á la primera, antes la presentaba mas pura y brillante. El, profundo conocedor de las antiguas letras, hacia por olvidar lo que de estas sabia, para trasladar á una lengua degenerada ya las producciones de los vates he-

breos, sublimes en medio de la sencillez, en que el Espíritu del Señor penetraba cada letra y llegaba al corazón como encendida saeta y le traspasaba y reducía suavemente á las verdaderas creencias. No sucedió así mas tarde al brillar el renacimiento; la época y la ciencia pagana volvieron á ser miradas con gran simpatía y de aquí solo había un paso, alojado el yugo de las creencias religiosas, á la divinización de la razón humana; que la razón independiente de traba alguna, de toda autoridad á que se sujete, es la razón divinizada. Hoy que han transcurrido tantos siglos, que las bellezas de la civilización pagana encuentran en nosotros admiradores pero no imitadores serviles, que escitan nuestra atención cuando nos deslumbran, pero no nos ciegan, todavía ciertos insignes pensadores han levantado su voz contra la ciencia de todo punto independiente de la religión y algunos como Gaume han visto el gusano roedor de las sociedades modernas en esa admiración de sí mismo, en esa confianza en las propias fuerzas, que era una consecuencia de la misma civilización y arte paganos, con la preponderancia de la forma sobre el fondo que aquella reclamaba para sí, apoyada en los títulos de su gran perfeccionamiento y extraordinaria belleza.

Por eso á tantos dotados de privilegiadas facultades ha parecido mas fácil y amena la senda del Helicon que la del Horeb y el Tabor, por cuanto la primera, ornada con todas las galas de la naturaleza, parecías daba mas vuelo á las ideas y descanso y aun recreo á la imaginación, que la segunda, en que solo se descubren á hechos el laurel que se obtiene con el vencimiento de la propia soberbia y la palma que corona eternos sufrimientos al fin de la vida. En el Tabor no se permite permanecer un momento mientras la peregrinación no está concluida, el descanso está reservado á los que en ella han vencido, y la belleza y la magnificencia limitadas están á la celestial Jerusalén, de murallas resplandecientes como el sol con toda clase de piedras preciosas, segun nos la pinta el Apocalipsis. El arte pagano, en que se encuentran con profusión los adornos, en cuyas producciones se goza de una tranquilidad y un contento que están desterrados del cristiano por que no puede olvidar este en sus mayores arrebatos que es hijo de una vida de peregrinación, asediada de numerosos inconvenientes, envuelta siempre en confusión é impotencia, el arte pagano repe-

timos, cautivará mas los sentidos, aunque hablará menos al corazón, tendrá mas belleza que sublimidad, será mas propio de la infancia que de la madurez de los pueblos. En él sin repugnar á nuestra cultura, ni chocar con la mas refinada, se engrandecen nuestros afectos á la vista de tantas producciones, tan llenas de patético interés que nos producen una satisfacción preñada de tanta inquietud como el Filoctetes de Sófocleso el Laocoonte de Virgilio.

Recordemos lo que era el arte en la edad media, y veremos que tan distinta presenta bajo la influencia del elemento religioso. Cada uno de los distintos fines humanos tiene en él su encarnación grandiosa y gigantesca, como suelen ser las de las primeras edades de todos los pueblos, el sentimiento religioso elevaba la catedral, el científico la Universidad, el instinto de la propia conservación no menos que el deseo de engrandecerse construyeron el castillo, el deseo de lucro por último elevó las lonjas de comercio, recuerdo de las antiguas basílicas y unido al recelo tan natural entonces de perder en un momento lo que se adquirió á costa de años y trabajos, dió la primera idea de los bancos.

(Se continuara.)

ANTONIO BALBÍN Y UNQUERA.

LA POESÍA EN SU ACEPTACIÓN GENERAL.

¿Qué hay en el mundo más grande, más sublime, más santo, que la poesía? ¿Qué hay que pueda competir con ella? Nada.

Las ciencias, las artes, las industrias; son muy necesarias para el hombre, son de una utilidad grandísima, de unas ventajas inmensas, de un mérito indisputable: nadie lo duda, nadie puede dudarle siquiera sea un momento.

Pero la poesía, la verdadera poesía, es lo mas bello de la naturaleza, lo mas grande de la creación: como su flor predilecta, el aroma que exhala, llega hasta la misma divinidad en alas de los grandes y sublimes pensamientos, revestidos con las galanas formas de una imaginación privilegiada con el don inapreciable de la inspiración.

¿Quién no ama la poesía? ¿Cuál es el ser que al tender su vista sobre las hojas de un libro, no se identifica con las ideas del poeta, no siente como él, y como él no participa de sus amores ó desengaños, de sus deleites ó penas?

Nada hay mas rudo é ignorante que el pueblo, y sin embargo nada hay mas bello ni poético que sus cantares sencillos y espontáneos. ¿Y por qué? Porque el sentimiento de la poesia es innato en toda criatura, si bien no todas pueden transmitirlo por medio de las reglas y de sus bellas imágenes.

Entre los pliegos de su espléndida y brillante vestidura, guarda, encierra el hombre los mas grandes secretos de su corazon, las mayores afecciones de su vida; y ora refiere las horas del dolor mas acerbo, como relata los momentos de sus mas puros deleites.

La poesia es la forma suprema del arte mas ideal que jamás imaginaron los hombres.

Pregunta á la creacion, invoca al infinito, descorre el velo de los misterios, levanta el denso crespon de las penumbras, despierta á sus seres favoritos del letárgico sueño en que durmieran, hace aparecer vivientes á las imágenes soñadas de su amor, hijo tal vez de su ardiente fantasia, formado á espensas de la potencia creadora que el Supremo Hacedor le concediera, al dejarle ver la débil luz de este mundo de tinieblas.

Es la gala de la naturaleza esparcida por su augusta fáz. Es la vibracion del alma, al toque de la diversas emociones porque pasa nuestro corazon durante el trascurso de nuestros cortos años. Es el entusiasmo, esencia del sentimiento; y á cada vibracion de las fibras del poeta, á cada estásis contemplativo, á cada armonioso acorde de su lira, su corazon se dilata, su alma se eleva, se engrandece, se acerca mas y mas á la divinidad de que emana; sintiendo circular por sus venas, divino fuego que vivifica su espiritu, divino fuego derramado por Dios sobre su criatura predilecta.

¡Oh! sí, no hay nada mas grande, mas sublime, mas santo, que la poesia!

Y sino decidme; ¿Qué hay en el mundo que pueda hacer recordar las eras de lo pasado, mas que las poesias de las edades primeras de la historia?

Por la lectura de las de la antigüedad, ¿No se posée la clave de las mas ricas emociones? ¿No se siente mas lo que el poeta ha sentido? ¿No se deja entrar á torrentes en nuestra alma, por las tres puertas de nuestro organismo, inteligencia, sentimiento, y sensibilidad, la vida de lo que fué?

Homero, Virgilio, el Dante, Petrarca, el Tasso, y otros poetas inmortales cuyos nombres

fuera prolijo enumerar, ó no lo demuestran en sus obras, que cual gigantescas construcciones formadas de inmensas moles graníticas, se levantan orgullosas en el espacio sin que la segur de los tiempos se atreva á destruirlas, llenando de verdadero asombro á las generaciones, haciéndolas rendir sincero y espontáneo culto.

En sus imperecederas Iliadas, ¿No se halla la palabra elocuentísima de la humanidad, vibrando en los oídos del lector á través de los siglos, uniendo de esa manera el tiempo que murió con el que vive, el pasado con el presente?.....

—En este siglo llamado no se sí con razon del positivismo en donde solo reina la materia, en donde todo se convierte en lucrativas empresas, en donde parece que toda la inteligencia del hombre se limita solo á explotar el terreno de la ciencia y de la industria; la musa que domina, no está aun por fortuna tan llena de esas ideas como generalmente se cree; no: aun hay inspirados vates que rompiendo el cendal negro y tupido de la materia vil, remontan atrevidos su vuelo á las regiones ideales del espiritu, en donde con entusiastas cantos, ensalzan sus escelencias deificas.

Sí, la musa que le preside, es profundamente filosófica y llena del mayor lirismo; y la filosofía en su lejitima acepcion, es una verdad inconcusa, incontrastable.

¿Y sabeis en donde se encuentra todo eso? En la novela, forma esencialmente moderna; poema épico del hombre actual, y en donde las generaciones venideras hallarán lo que nosotros hallamos hoy en los poemas antiguos. Por eso como ha dicho un célebre escritor. "*Las horas que se dedican á la poesia, no se pierden para ninguna generacion.*"

Y efectivamente, no solo no se pierden, sino que no hay placer que pueda compararse con el que siente interiormente el poeta, al narrar sus aventuras amorosas; al hacer la descripcion de los paisajes que mira; al pintar la hermosura de los campos; al definir los inefables encantos de la noche silenciosa, alumbrada por la plateada luna, suspendida bajo la bóveda azul del firmamento, tachonado de rutilantes estrellas; al describir la magnificencia de la naturaleza esparciendo sus matinales albos, mezclándose con el gorgojo de las aves, con el murmullo de los arroyos, con la brisa perfumada por la esencia de las flores: porque al narrar, al describir todo eso; no hace mas que cantar á la obra espléndida de la creacion; y can-

tando á esa admirable y maravillosa obra, canta á Dios, y Dios es la poesía misma; porque Dios solo es el que siente y piensa dentro de nuestro ser miserable; y todas las demás inclinaciones, todas las demás afecciones de la vida transitoria, no son más que concesiones hospitalarias en la noche de las lágrimas.

¡Oh bella, santa, y sublime poesía; yo te saludo con el mayor respeto, con la mas grande veneracion, con el mas férvido entusiasmo! Yo te rindo culto y te le rendiré mientras conserve un hálito de existencia; aunque sea el mas humilde de todos los que viven por tí y para tí; de todos los que pulsando tu lira arrebatadora, se elevan á los inmateriales espacios, en donde gozan de insuplicables encantos, en donde respiran la balsámica ambrosia de los cielos.

Y, si como ha dicho otro célebre escritor contemporáneo. *«contemplar es trabajar, pensar es hacer, y cada mirada que se dirige al cielo es una obra;»* yo que tanto contemplo á la creacion grandiosa, que tanto pienso en ella, que tan continuamente elevo mi vista al cielo, porque él es mi inspiracion; el lazo que me deba unir contigo, será indisoluble, eterno; como eterno es el cariño que te tengo.

¡Feliz si llegára á comprender lo que tú eres!
¡Feliz si sintiera en mí ser tu fuego vivificante!
¡Dichoso si llegára á ser uno de tus hijos predilectos! Que si bien en este mundo son víctimas de las mayores privaciones, de los mas grandes desprecios; las horas que te dedican, como á su madre mas tierna ó idolatrada, se las recompensas tanto; que haces que no se pierdan para ninguna generacion, conservándoselas incólumes á través de los siglos, adornándoles con la envidiable aureola de la inmortalidad de la gloria: ese mágico alcázar de sus sueños dorados, esa noble ambicion, esa llama viva que inflama los corazones de los grandes génios.

BENITO DE MARTIN ALBO.

LUISA.

(Continuacion.)

Tantos infortunios repetidos en un espacio de tiempo tan corto, no podian menos de alterar la salud de mi madre que fué á reunirse con su desgraciado esposo á los seis meses de su trístisima

muerte, cuando yo contaba solo cinco años, dejándome en poder de una hermana suya que se encargó de mi educacion.

Esta es la triste historia de mi desgraciada familia. Ya veis; los infortunios no empezaron á caer sobre ellos sino despues de mi nacimiento, lo cual es una prueba de la mala estrella que me persigue.

Los primeros años de mi niñez, hasta los catorce, los pasé en un colegio que mi buena tia costeaba aun que solo contaba con muy modesto capital.

Yo sabia el desastroso fin de mis padres, pero como no recordaba apenas ningun detalle de su vida, no habia tenido tiempo de fijarse en mi corazon mas que ese cariño instintivo hacia los autores de nuestra vida, que no es capaz de borrar ni la muerte. Por otra parte los alhagos de mi tia y el afecto de la directora, no me permitian echar de menos las tiernas caricias de una madre.

Los dias se deslizaban felices pareciendo que habia dejado de perseguirme la mala estrella que presidiera mi nacimiento: pero ¡ay! no tardó en dejarse sentir y de una manera bien cruel por cierto, pues mi tia contrajo una enfermedad que al cabo de dos años y despues de agotar completamente su capital, la condujo á la sepultura, dejándome, en medio de la mayor desolacion, huérfana por segunda vez, y lo que era aun peor, sin recursos de ningun género.

Oscuro era el porvenir que á mi vista se presentaba. Hubo momentos en que tube intenciones de imitar á mi padre; ¡ay! ojala lo hubiera hecho!.. Por fin me decidí á vivir en compañía de un matrimonio, antiguos amigos de mis padres, que tenian una portería en la calle de Atocha, pero como esta apenas les producía lo suficiente para su subsistencia y yo tampoco debia consentir serles gravosa, me ajusté como oficiala de modista en el mismo taller en que mi madre habia conocido á mi padre.

Pronto me acostumbré á mi nuevo estado, pues el trabajo nunca ha sido para mí una carga. Aquella calma, aquella felicidad en que parecia haber vuelto á quedar, no era mas que el descanso que hace el reo al pié de la escalera del patíbulo, con objeto de recobrar algunas fuerzas, para poder subir al banquillo donde han de poner fin á su existencia. ¡Aun me faltaba apurar la copa del dolor!

Jóven, dotada de alguna viveza y sin una per-

sona que dirigiera mis pasos por la escabrosa senda de la vida, no tardé en ser víctima de los males que tanto amenazan á las jóvenes de mi clase.

Mi corazón, virgen aun, sentía dentro de sí un vacío que era preciso llenar.

El amor exigía su tributo y era indispensable pagárselo.

Una noche que salía del taller en compañía de otra oficiala amiga mía, fué siguiéndonos un joven.

Mi amiga lo notó la primera, me avisó, volví la cabeza, y al encontrarse mi vista con la de aquel, un sudor frío inundó todo mi cuerpo, mis piernas perdieron su fuerza y tuve que apoyarme en el brazo de mi amiga para no caer.

Llegué á mi casa y en vano procuré conciliar el sueño en toda la noche; vagas sombras me representaban su figura apuesta y elegante: doquiera se fijaban mis ojos, allí se encontraban con los suyos negros y relucientes.

Por fin, cansada de dar vueltas inútilmente en el lecho, vestíme antes de lo regular y me puse á la puerta de la calle para que el fresco de la mañana despejase mi acalorada cabeza; allí permanecía con los brazos sobre la cancela y la imaginación tan ocupada por la memoria de aquel joven, que no advertí que en la acera de enfrente se encontraba él, fijos en mí sus ojos, hasta que un ligero golpe dado sobre las piedras con su bastón me obligó á levantar la cabeza.

A su vista lancé un grito y me entré precipitadamente en mi habitación; pero siendo ya las ocho, hora de entrada en el taller, no tuve más remedio que ponerme el manto y salir.

No bien habría dado cuatro pasos, cuando se acercó á mí y con una voz que acabó de entorpecer mis sentidos, me pidió permiso para acompañarme.

Yo no le contesté; pero mis ojos debieron decirle demasiado lo que pasaba en mi corazón.

En fin, á los tres ó cuatro días de acompañarme á la entrada y salida del taller, ya no tenía mi corazón secreto alguno para él; me encontraba perdidamente enamorada.

¡Cuán cortas y felices se pasaban las horas á su lado!

Yo, joven inesperta, me dejaba llevar de todo el fuego de mi amor, sin pensar en los tormentos que había de acarrearle.

¡Me creía tan dichosa!... ¡Ah! si habeis amado alguna vez, si vuestro corazón ha sido traspor-

tado á otro pecho en el fuego de una mirada, ¿verdad que no se vive hasta que se ama? Imposible parece que existan en el mundo personas que renieguen del amor.

El que no ama, es una planta exótica que si ente deslizarse monótona su existencia, todo lo vé revestido de los más negros colores que solo aparecen con el fuego del amor.

Para el que ama todo es bello; todo es sublime, porque en todo vé ó la imagen ó un recuerdo del objeto amado.

Yo, hoy mismo que me encuentro por él abandonada, despreciada, envilecida, no puedo menos de recordar con júbilo, de bendecir aquellos días tan felices, y por lo mismo hoy que de mi corazón ha huido toda esperanza de amor, me es insostenible la existencia. No. ¡No quiero vivir pues no puedo amar!... ¡Ah! soy muy desgraciada!...

Gruesas lágrimas surgían de sus ojos nublado el brillo de sus negras pupilas, los hondos suspiros que su pecho lanzaba, ahogábanse en su garganta seca y comprimida por el dolor.

Yo también lloraba; porque mi corazón no agra á los pesares, se había identificado con el de aquella desgraciada joven, y me había interesado tanto su alma apasionada que hubiera dado hasta el último átomo de mi vida por hacerla feliz.

Un tanto sosegada prosiguió:

«Hace ocho meses, al año y medio de haber empezado mis amores, eran ya demasiado visibles sus efectos para que pudiera ocultarlo á las personas que me rodeaban. La maestra del taller fué la primera en advertirlo, y no contenta con despedirme, fué á decirselo á los porteros en cuya compañía vivía, los cuales también me arrojaron ignominiosamente de su casa.

Llena del mayor desconsuelo fui á ver á Ricardo, que este era el nombre del joven por quien tanta desventura sufría, el cual me consoló y después de repetirme el juramento que tantas veces me había hecho de que sería su esposa ante los hombres ya que lo era ante Dios, alquiló un cuarto interior en la calle de Panaderos, el cual habité desde el día siguiente.

Falsa era en verdad mi posición; pues concediendo que tuviese intenciones de cumplir su juramento ¿se lo consentiría su familia, una de las más principales y ricas de la capital?

¡Ah! yo entonces joven en su amor, no

consideraciones; pero por desgracia pronto salí de mi engaño.

(Se continuará.)

GONZALO DE ZAMORANO.

POESIAS.

AL SOL.

Disco de luz que irradias refulgente
Prestando tu calor al aureo viento
Cuando tu fuego se refleja ardiente
En el mundano oscuro pavimento;
Astro divino que la sacra frente
Destella del Creador del firmamento;
Mira el asombro religioso y mudo
De mi cristiano y fervido saludo.

Yo te contemplo ¡oh sol! entusiasmado,
Y en loca inspiracion mi fantasía
Se remonta feliz hasta tu lado,
Al son que brota de la lira mía;
Mira del vate el númen extasiado
Vertiendo en sus cantares, la armonía
Que le presta tu luz divina y pura
Cuando en el eter con arder fulgura.

¡Quién como tu se viera en el espacio
Vistiendo régio la celeste esfera
De esmeraldas, brillantes y topacio
Qué el azul de ese cielo reverbera!
¡Quién al dorado, angelical palacio
De los querubes trasportado fuera,
Y en dulce, tierno y virginal sosiego
Después ardiera en tu sagrado fuego!

Te admiro, cuando asoma la mañana
En galas mil deslumbradora y bella,
Borrando el brillo de la luna ufana
O de la blanca matutina estrella;
Cuando el aroma de la flor galana
Aspira el ruiseñor en su querella,
Y tu disco de luz con rayo ardiente
Preside el cuadro desde el claro Oriente.

Quando en los mares, á veloz barquilla
El viento azota la flotante vela
Y corta el agua su graciosa quilla
Tras sí dejando la espumosa estela;
Quando la arena de la fresca orilla
Las olas besa y tu color riela,
Y el rayo puro de tu faro hermoso
Le presta su fulgor al mar undoso.

del monte en la espesura umbria,
de silvestre planta
sombria
anta;

Quando en su centro y en mitad del día
La alondra tierna sus amores canta,
Y entra tu luz, ¡oh, sol! enfrente el ramaje
Prestando vida al espesor salvaje.

Quando tranquila y de delicias llena
La tarde tiende su divino manto
De gasa pura, que se vé serena
Mover la brisa en el espacio santo;
Quando el aroma de la flor amena
Esparce dulce y misterioso encanto,
Y tu rojo fulgor bello y luciente
Se oculta en los confines de Occidente.

Y cuando el viento fragoroso zumba,
Y el mar las cumbres de las rocas moja,
Y el ronco trueno con furor retumba,
Y el cielo el rayo destructor arroja;
Quando del monte la mitad derrumba
Impulso rudo que á la flor deshoja,
Asomas otra vez celeste y pio
Y en tu mágica luz yo me estasio.

Goza, pues, de tu reino esplendoroso
Calor prestando á las sencillas flores,
Y dando vida con tu fuego hermoso
Al bello tornasol de sus colores;
Sigue tu curso sin igual, grandioso,
De natura luciendo los primores,
Que solo inspiracion para mi canto
A ti suplico con anhelo santo.

II.

Los siglos á los siglos se suceden
Y el tiempo vuela, con rigor llevando
Séres y plantas que tan solo pueden
Otras plantas y séres ir dejando;
Torbellino fatal, donde no ceden
Los eges que del mundo van girando,
Y que al darnos la vida dan la muerte
Con golpe rudo, tremebundo y fuerte.

Solo tu ¡oh sol! prosigues tu camino
Alumbrando con brillo prepotente
La rueda giratoria del destino
Que descansa en el dedo Omnipotente;
Tu disco celestial puro y divino
Mil edades contempla refulgente;
Tuyo es el porvenir; tuya la gloria
De la pasada y venidera historia.

Tu faro bello reflejó en el lago
De aquel diluvio universal y horrible,
Y fué testigo del feroz estrago
Que de Roma el poder causó temible;
Tu contemplaste de la fiel Cartago
La total destruccion flera y terrible;
De Sagunto admiraste la constancia,
Y el valor de los hijos de Numancia.

Tu de los Galos el ardor fecundo
Miraste renacer contra el Romano,
Quando asombrára su pujanza al mundo
Y sucumbiera á su rigor insano;

Tu mandaste tu rayo furibundo
Sobre el César aquel duro y tirano
Que vistiendo de púrpura la ropa,
Intentó dominar á toda Europa.

Tú fuego santo de la triste España
Alumbró los combates sanguinarios
Cuando el alarbe con traidora saña
Nos lanzara á los bosques solitarios;
Cuando potentes en su torpe azaña
Vencieron de Mahoma los Sectarios,
Sin tener á sus huestes quien se oponga
Hasta el grito feliz de Covadonga.

Tu miraste al egército agareno
Humillado hasta el pié del crucifijo,
Cuando Ramiro con valor sereno
Le venció en las llanuras de Clavijo;
Cuando el cuchillo de Guzman el Bueno
En Tarifa la muerte dió á su hijo,
Y mas tarde tambien, cuando aclamada
Entró Isabel en la gentil Granada.

Tu sacro resplandor puro y luciente
A Colon alumbró los anchos mares,
Y el camino marcó del clima ardiente
Que buscara al dejar los patrios lares;
Tambien de Hernan Cortés la brava gente
En Méjico sufriera mil azares
Hasta tanto que tu la enardeciste
Y vida y fuerza con tu luz le diste.

El rojo bello de tu faro hermoso
Espareció su fulgor en triste dia,
Y asistió de Madrid, al desastroso
Cuadro de horror y bárbara agonía;
Tu reflejo, del pueblo belicoso
Aumentó la pujanza y valentía,
Y en santa guerra, tu divino rayo
La venganza admiró de el Dos de Mayo.

Gloria al sagrado, celestial testigo
Del pasado, presente y venidero!
¡Quien pudiera vivir ¡oh sol! contigo,
Girando cual satélite lucero!...
Mas en vano mi númen yo fatigo
Envidiando un poder que ya no quiero,
Pues te dice ese Dios que nos gobierna,
Tu vida no será tampoco eterna.

Que cuando brille en la celeste cumbre
El momento de aquel último juicio,
Y el rayo del Creador á ti deslumbre,
Y rompa el eje del mundano quicio;
Cuando el Señor entre divina lumbre
Venga á juzgarnos la virtud y vicio,
Tu esfera del espacio arrebatada,
Cual todo deberá volver á nada.

ERNESTO DE LA CALLE.

MADRIGAL.

LA ROSA.

Nace en el tallo al despuntar el dia
Lozana, fresca y exalando olores,
Y el mundo en su alegría
Aclámala por reina de las flores;
El sol la inunda con su luz radiante
Y apenas que la ha impreso
Un tierno, dulce y prolongado beso,
Abre su cáliz de ventura henchida
Y al arrullo del aura que la mece
Se inclina y se adormece,
Pasando así las horas de su vida;
En su amoroso estado
La sorprende la tarde á mano airada
Y cuando el sol ardiente se ha ocultado,
El viento bramador rugiente de ira
Déjala deshojada,
Y triste entonces de dolor espira;
La luna bella su fulgor derrama
Y á su pálida luz, triste se advierte,
Que ha dejado la muerte
En donde habia una flor, seca una rama!
¡Oh grandiosa mudanza en solo un día!...
¡Imágen es de la esperanza mia!

ALFONSO TERR.

UN DESENGAÑO.

Si una dulce confianza
De amor, en el pecho crece,
Sentimos como florece
El árbol de la esperanza.
Mas si un desengaño alcanza
Es mas grande la aflicción,
Pues al perder la ilusion
Aquel árbol se deshoja,
Y envuelta vá en cada hoja
Un ala del corazon,

Quando dormido el infante
Sueña un cielo, una sonrisa
Tan blanda como la brisa,
Se dibuja en su semblante;
Y despertando anhelante,
Pretende hallar el encanto
Que finjiera el sueño santo
Y el gozo en pesar se muda,
Pues vé la verdad desnuda:
Y vierten sus ojos llanto.

Asi yo, en sueño alagüeño
Mi esperanza alimenté
Y un cielo me imaginé
De amores puro y risueño;
Mas desperté de mi sueño,
Y ¡cual fué mi suerte ingrata!
En vez de ilusion tan grata
Como forjé en mi delirio,
Hallé para mi martirio
Ese desdén

VARIEDADES.

SOLUCION A LA CHARADA INSERTA EN EL NÚMERO ANTERIOR

En su tiempo fué *Safo* tan hermosa,
Cuál horrible será, siempre la fosa.

PENSAMIENTOS.

HÉ AQUÍ ALGUNOS DEL INMORTAL CERVANTES.

«Los malos siempre son desgraciados.
El hombre sin honra, peor es que un muerto.
No se escribe con las canas, sino con el entendimiento.

Si á los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, otros siglos correrían.

El grande que fuere vicioso, será vicioso grande; y el rico no liberal, será un avaro mendigo.

Todos los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo.
No puede haber ninguna venganza justa.

Las armas de los togados son las mismas que las de la muger, que son la lengua.

Quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar.
Los poetas prometen á su amada lo que jamás piensan ni pueden cumplir.

El andar á caballo, á unos hace caballeros y á otros caballerizos.

Mas vale el buen nombre que las muchas riquezas.
La sangre se hereda, y la virtud se conquista; y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.»



CHARADA.

De cuatro sílabas y cuatro letras
Si bien lo miras estoy compuesta:
Cuarta, segunda tercera y prima
Hace un criado todos los días.
Prima, segunda, tercera y cuarta
Hacen el todo de esta charada;
Y es, sin engaño, un nombre antiguo
Que lo conoces como á sus hijos.

Paseando un sacerdote por la ronda de Madrid le vió un ciego, y le dijo:—Padre de almas; una mosna por amor de Dios á este pobrecito ciego! ¿Como siendo V. ciego sabe que soy padre de alma? —Señor... Porque le he conocido á V. en el and.

Iba en un coche cierto padre á predicar, y no se virtiéndole al cocherito adónde habia de ser, preguntó:—Padre, ¿vamos adónde fuimos ayer? —No, amigo, respondió el predicador; á mi no llaman segunda vez donde he predicado la primera.

¡Papá! ¿Qué tomará V. hoy? (preguntaba un niño un caballero granuja, en un café). ¿Tomará V. una taza de café?—No, hijo mio, hoy tomaré una charilla!

Por todo lo no firmado. El Fundador,
Joaquín Martínez Tomás.

Editor responsable: Tirso de Contreras.

Madrid, 1864:—Imprenta de P. Conesa, Barco, 6.

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID: en la administracion, calle de Hernan Cortés, núm. 6, principal, y en los centros generales de suscripcion.

EN PROVINCIAS: en casa de nuestros corresponsales y en las principales librerías, á cuyos representantes se autoriza para recibir suscripciones, ó dirigiéndose al administrador, acompañando el importe de un trimestre de suscripcion, en libranzas del giro mútuo del Tesoro, sin cuyo imprescindible requisito no se servirá pedido alguno.

PRECIOS.

EN MADRID: Un mes, 4 rs.

EN PROVINCIAS: Por medio de comisionado, 3 meses, 16: 6 meses, 30: un año 54. Directamente: 3 meses, 15: 6 meses, 28: un año 54.

ULTRAMAR Y ESTRANGERO: 6 meses. 60: un año 110.